

En la segunda lectura de hoy escuchamos una de las frases más debatidas de todas las cartas de San Pablo. "Para que yo no me llene de soberbia por la sublimidad de las revelaciones que he tenido, llevo una espina clavada en mi carne, un enviado de Satanás, que me abofetea para humillarme" (II Co 12: 7). Algunos comentaristas han sugerido que el apóstol estaba sufriendo de una enfermedad o una discapacidad que fue especialmente dura o humillante. Otros piensan que Pablo estaba aludiendo a las constantes persecuciones que lo seguían a él, en dondequiera que iba, como si Satanás le estaba siguiendo la pista en cada paso con el intento de disuadirlo. Algunos han llegado a suponer que, asaltado por numerosos e incesantes problemas, Pablo era como un hombre desollado vivo, debido a su extrema sensibilidad.

Pablo, también nos dice: "Tres veces le he pedido al Señor que me libre de esto" (II Co 12:8). En esta oración Pablo nos recuerda a Jesús y su petición durante su agonía en la noche antes de morir en el Huerto de Getsemaní, cuando Jesús, también, le rogó al Padre tres veces que lo salvara de la dura prueba que tenía por delante. "Decía, 'Abbá, o sea, Padre, para ti todo es posible, aparta de mí esta copa. Pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú'" (Mc. 14:36). Al igual que en el caso de Jesús, Dios no rechazó la oración de Pablo, pero tampoco levantó el peso de la cruz que Pablo llevaba. Dios, sin embargo, aseguró a Pablo, que en su sufrimiento él no iba a ser abandonado: "Te basta mi gracia, porque mi poder se manifiesta en la debilidad" (II Co 12:9). La oración de Pablo, así como la respuesta de Dios, deben ser vistos desde el punto de vista del misterio de la cruz de Cristo, en que se ha puesto de manifiesto el poder de Dios. Pablo nos hace recordar que la vida en Cristo es una completa inmersión en ese misterio: cruz, muerte y resurrección. Después de todo, esto es lo que es el Sacramento de Bautismo y su renovación en cada Eucaristía. Pablo nos hace recordar que la vida de fe nos sumerge dentro del misterio del sufrir, pero no el sufrimiento por sí mismo, como lo explica en otro pasaje: "Pues a los que estamos vivos nos corresponde ser entregados a la muerte a cada momento por causa de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestra existencia mortal"(II Co 4:11).

Aunque tenemos que trabajar para aliviar o eliminar el innecesario dolor y sufrimiento causado por enfermedades, desastres naturales o actos de injusticia humana, o los pecados de nuestra vida personal, podremos esperar que una cierta cantidad de sufrimiento será parte de nuestro viaje humano.

En mi ministerio como sacerdote, a menudo escucho a la gente expresar su frustración (y en algunos casos su desaliento) para hacer frente a una lucha psicológica o espiritual, o un patrón de pecado personal que, a pesar de sus esfuerzos, nunca parece disiparse, pero (en algunos casos) sólo parece empeorar lo cual les causa sufrimiento. Al igual que el apóstol, ellos también oran para que este "espina" sea liberado de ellos. Y al igual que con Pablo en su sufrimiento, yo como vuestro sacerdote, no tengo la "bala de plata", o la "cura milagrosa" para darles a ellos. Pero, al haber atendido como pastor a estas personas y habiendo reflexionado sobre este misterio en la vida de ellos así como en la mía, he adquirido un profundo conocimiento de esto.

Al mismo tiempo ciertamente sin causar dolor y sufrimiento, en el misterio solo conocido por Dios, Dios permite el sufrimiento en nuestras vidas. Él no es olvidadizo de nuestros sufrimientos, y por razones desconocidas de nosotros en esta vida, ha elegido de no removerlas en nosotros. Sin embargo, Dios no es indiferente de nuestro predicamento. En nuestros sufrimientos, como san Pablo finalmente llega a descubrir, la "gracia" de Dios es suficiente si abrimos nuestras mentes y oídos, y nuestros sufrimientos acompañados por la gracia de Dios podrán ser el medio de que nos lleve a una fe más profunda. En nuestros momentos de necesidad o de dificultades, la gracia de Dios está disponible para nosotros de varias maneras, con seguridad a través de la oración, pero también en el amor, inquietud, apoyo, y la compañía de otras personas que se unen o caminan en solidaridad con nosotros, como en el caso de «Simón de Cirene» que acompañó a Jesús en su hora de sufrimiento, como los compañeros que nos acompañan en nuestro viaje por la vida y nos ayudan a asumir nuestra cruz si abrimos nuestros ojos, oídos y corazones a la gracia "que se hizo carne" que está en frente de nosotros.

El profeta Ezequiel y Jesús ambos confrontaron un espíritu de cerrada disposición y sin bondad en sus esfuerzos a ofrecer la gracia de Dios al pueblo de su tiempo. Tan angustiante fue la experiencia de Jesús en esta historia de hoy que cierra con este triste comentario: "Y no pudo hacer allí ningún milagro sólo curó a algunos enfermos... . Y estaba extrañado de la incredulidad de aquella gente" (Mc 6:5-6).

Esperamos que esto mismo no sea o no se diga de nosotros. Como Pablo, estamos invitados a abrir nuestras vidas a la gracia de Dios. Y si lo hacemos, esto será suficiente para nosotros.

Padre Jim Secora